según la promesa, á todos los pueblos que habían olvidado á Dios. La Iglesia cristiana llama á El á todos los hombres y, tranquila durante muchos siglos, entre persecuciones inauditas, les enseña á no esperar su felicidad sobre la tierra.—(*Bossuet*).

Aguardamos confiados la gloria de ese día en que, al nombre divino de Jesús, toda rodilla se doblará en los cielos, en la tierra y en los abismos.

FIAT, FIAT.

CONFERENCIAS

SOBRE HISTORIA ECLESIASTICA
PREDICADAS EN EL

Templo de Sta. Mónica

DE ESTA CIUDAD, POR EL SR. PRESBITERO BR.

D. JOSÉ SALOMÉ GUTIÉRREZ.

(PROPIEDAD DEL SEMINARIO)

GUADALAJARA
TIPOGRAFIA DE "EL REGIONAL".—D. JUAN MANUEL Y ALHONDIGA.
1908.

nunquam pervenientes: cada día acrecen el caudal de su ciencia, aprenden sin cesar, infatigables son en la dura tarea de adquirir más conocimientos, pero jamás llegan á poseer la verdad,—que es Jesucristo.—Sus métodos son tales que no los llevan á término fijo y determinado: van, como los viajeros que se extravían, avanzando difícilmente por trochas impracticables y se despeñan en precipicios de los cuales la vana ciencia no puede salvar á los caídos: clamarán desde el abismo, diciendo que son *sabios*, pero el eco locuaz les responderá: ¡sois insensatos!

¿Qué delirio más lamentable, qué demencia menos terrible ni qué desequilibrio tan completo como el desequilibrio, la demencia y el delirio de estos impíos que niegan la realidad histórica de la personalidad de Jesucristo? ¿Cuál es su gran argumento? ¿Por qué blasfeman?—Señores, asombráos: lo niegan porque no quieren que sea históricamente cierto lo que afirma la historia como cierto.—Aquí no hay paradoja, hay absurdo y necedad.

Apropiándose una autoridad que no tienen, y cada corifeo de escuela declarándose pontífice infalible en orden á las reglas que dicta para la crítica histórica, en sus relaciones con la hermenéutica sagrada, la fundación, desenvolvimiento y actual estado de la Iglesia; de una plumada borran esta palabra: SOBRENATURAL: así lo sobrenatural, según ellos, no existe ni jamás existió. Y como sean sobrenaturales las profecías y los milagros, se desvanece la personalidad histórica de Jesucristo, en cuanto Hombre-Dios: queda el *hombre*; pero un hombre sin la auréola siquiera del milagro, un hombre como todos, salvo su grandeza moral y la perfección de su doctrina,

Temo fatigaros si me detengo en consideraciones, que para vuestra fé son inútiles; pero creo que vuestra ilustración me las exige. Para que el mismo rigor del orden ayude á vuestra atención, asentemos desde luego esta verdad:

Jesucristo existió realmente.—.—Y sin rendir todas las pruebas, lo que sería imposible, aduzcamos algunas de ellas. El testimonio de los Santos Evangelios: es de un poder incontrastable, porque su autenticidad es confe-

sada y reconocida, no sólo por los antiguos, sino también por los modernos impíos. Rouseau, el funesto filósofo de Ginebra, dice: "La santidad del Evangelio habla á mi corazón..... ¿Es posible que un libro á la vez tan sublime y tan sencillo sea obra de los hombres?..... ¿Diremos que *la historia* del Evangelio es inventada por capricho? No; no es así como se inventa . . . Sería más inconcebible que varios hombres, puestos de acuerdo, hubiesen fabricado este libro, que el que uno solo hubiera proporcionado su asunto. Los autores judíos nunca hubieran hallado aquel tono ni aquella moral, y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan notables y tan completamente inimitables, que el inventor sería más asombroso que el héroe."—Ni Voltaire, en su deismo filosófico, ni Helvetius y Holbach con su ateísmo, ni Strauss con su miticismo, ni Renán con su pluma y conciencia vendidas á los judíos han negado, en el campo de la historia, á Jesucristo, porque los Santos Evangelios son y serán un obstáculo en que la impiedad tropiece y caiga.

Oigamos á Strauss:—«Resulta del examen de los testimonios relativos á los tres primeros Evangelios, que poco después del siglo segundo se hallan señales ciertas, si no de su existencia actual, á lo menos de la existencia de una gran parte de las materias que han entrado en su composición; y además, que los relatos más antiguos proceden del país mismo que fué el teatro de los sucesos que refieren.»—Desentrañando las afirmaciones que tales palabras contienen, resulta que en los Evangelios se refieren *sucesos* y, por lo mismo, hechos históricos; lo cual prueba que la existencia de Jesucristo no es mítica, sino perfectamente histórica.

En cuanto á Renán, su juicio nos lleva á la misma consecuencia.—«En suma, dice admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. Todos, según mi parecer, se remontan al primer siglo».....Sería inútil comentar el veredicto de Renán, y sólo haré constar que he citado á estos autores impíos, no porque les reconozca autoridad, sino para que veais cómo ni los más encarnizados enemigos de Jesucristo han podido menos de confesar que

los Santos Evangelios sirven para probar la personalidad histórica del Salvador, en cuanto hombre, porque Strauss y Renán le niegan la divinidad.

También accesoriamente y por vía de confirmación citaré el testimonio profano del historiador Josefo, judío y fariseo, que fué Gobernador de Galilea y peleó contra la dominación romana en los días de la ruina de Jerusalén; su testimonio es históricamente irrecusable y dice de Cristo:—«Existió en estos tiempos Jesús, varón sabio, *si es lícito llamarlo varón.* (si tamen Virum eum fas est dicere) Era hacedor de obras admirables y doctor de cuantos hombres oyen gustosos la verdad. Este era Cristo. Los que en un principio lo amaron, no lo abandonaron después que Pilato lo crucificó, á instancia de muchos príncipes de nuestra Nación. Al tercero día apareció vivo á sus discípulos, según que los profetas, divinamente inspirados, habían predicho que haría estos ú otros muchos milagros. Hoy mismo se conserva su nombre entre los que de El se llaman cristianos»—Los críticos impíos han intentado invalidar tan bello testimonio profano, pero no lo han conseguido.

De fuente que no es tampoco escrituraria, tenemos otra prueba muy valiosa de que es Jesucristo un personaje histórico, por venirnos de autores que son testigos de mayor excepción, como Eusebio, Tertuliano y S. Justino: el primero como historiador y los otros como apologistas. Tertuliano, en el Cap. 21 de su Apologético, después de hablar de la pasión, resurrección, ascensión de Jesucristo y de la predicación de los Apóstoles, dice:—De todo esto (*Ea omnia*) referente á Cristo, Pilato, cristiano ya él mismo por conciencia, (*et ipse jam pro sua conscientia christianus*) dió cuenta al Cesar, que lo era Tiberio».—¿Cuál fué el resultado de aquel informe oficial rendido por Pilato? Nos lo dice el mismo Tertuliano en el cap V. del citado libro: Tiberio tuvo por DIOS á Jesucristo y pidió al Senado que examinara la causa, á fin de que fuese contado Jesús en el número de los dioses del Imperio. El deseo del Cesar fué desechado, por causas que no es del presente explicar; pero el testimonio histórico subsiste y se intentaría

en vano refutarlo: eso nos basta (1) y nos abre y despeja amplio camino para entrar en la gran cuestión de la divinidad de Jesucristo, hombre real y verdadero.

Además de ser hombre, ¿JESUCRISTO ES DIOS? Lo afirmamos resueltamente con los Sagrados Libros, con las tres formas de Símbolo que posee la santa Iglesia, con las definiciones de los Concilios, con la sangre de los mártires, con las virtudes y penitencias de los santos, con la abrumadora confesión de todos los cristianos, y con las palabras que, involuntaria ó conscientemente, han pronunciado los impíos.

Es para mí una felicidad el dirigirme á un auditorio tan ilustrado y tan culto, porque puedo suponer ya perfectamente conocidas las pruebas en que apoyamos la fé que recibimos é infatigablemente defendemos. Pasaré al campo enemigo y no será dudoso el éxito del combate.

Los adversarios de la divinidad de Jesucristo son muy numerosos, pero no tienen más que una sola arma: la negación de lo sobrenatural, la negación del milagro; pero la negación sin pruebas, sin otro fundamento que la propia y misma negación. ¿Hay alguna ciencia en estas palabras de Flamarión: «Lo sobrenatural no existe—El tiempo de los dogmas pasó—Los milagros están muertos?»—Frank afirma, bajo su palabra, que «el orden sobrenatural pertenece á la jurisdicción de la fantasía». Renán va por

———

NOTA:—"Tácito nos dice en sus *Anales* que el nombre de cristiano viene de Cristo, el cual fué condenado al suplicio bajo el reinado de Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea. Plinio el joven, en su carta á Trajano, le dice que los cristianos acostumbraban á reunirse en un día señalado, para cantar himnos en honor de Cristo. Luciano de Samotracia, que vivió en tiempo de Trajano, dice que el filósofo Peregrín había aprendido en Judea la doctrina de los cristianos; y añade en tono de mofa: "Estas gentes adoran á ese grande hombre que fué crucificado en la Palestina, porque ha sido el primero que enseñó á los hombres esta religión". Lampridio, en la vida del Emperador Alejandro Severo, dice que este Príncipe tenía costumbre de honrar á Cristo todas las mañanas y que aun había querido edificarle un templo." [FRAYSSINOUS.]—A Publio Léntulo, residente en Judea en tiempo de Tiberio, se atribuye una carta al Senado romano. No consta su autenticidad, pero no será desagradable al lector el conocerla. Dice: "Aparecido ha entre nos-

Quinta Conferencia.

Jesucristo.

Señores:

Postrada en profunda reverencia el alma y con el temor natural de que mi lengua inútilmente se esfuerce en expresar ideas que, de suyo, son altísimas, doy principio á esta Conferencia, para contemplar con vosotros al Fundador de la Santa Iglesia, á Jesucristo, sol de la historia, sin el cual todo es sombra obscurísima y desorden que impone pavura por su espantosa magnitud.

Una sola vez y pocos hombres lo vieron sobre la tierra y conversaron con El, porque amó el retiro y vivió oculto treinta años; pero, en el breve tiempo de su vida mortal, lo circundaba una gloria nueva y única, gloria de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. La impresión que produjo fué indeleble y la humanidad no puede olvidarlo. Si cuarenta siglos estaban arrodillados junto al pesebre para adorar á Jesús, ya otros diecinueve

se prosternaron ante la cruz, el veinte no se pondrá de pié, y de hinojos caerán los venideros: Jesucristo ayer, hoy y siempre.

Mas no en idéntico modo será El objeto de las inteligencias, porque siendo la Luz del mundo y Luz que ilumina á todo hombre, signo es también al que muchas contradicciones opondrán los que cierren sus ojos al esplendor que derrama; lo cual se viene cumpliendo desde el principio, en testimonio de los Evangelios.

«¿Quién dicen los hombres que soy yo?»—preguntaba Jesucristo á sus Apóstoles, que le respondían: dicen que tú eres Jeremías, que Elías, que Juan el Bautista, resucitado, ó que alguno de los Profetas. Reconocían, pues, los judíos la real humanidad de Jesucristo y lo consideraban como un ser extraordinario, un profeta, un varón perfecto y admirable en virtud; pero no admitían su divinidad. Así los modernos racionalistas lo exaltan y glorifican como hombre, como filósofo, como benefactor del género humano; pero ninguno se arrodilla para decir:

«*Adoro te devote, latens deitas*:

Te adoro devotamente, oh Dios oculto.

Insiste Jesucristo: Y vosotros ¿quién decís que soy yo?—Entonces Pedro, en nombre de todos, hace aquella profesión breve y sublime: *Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.*—He aquí la solemne, pública y franca profesión de la fé en la divinidad del Salvador: hombre y Dios en unidad de persona: *Tú eres Cristo.* ¿Cómo ha penetrado el Apóstol misterio tan profundo?—Porque le fué *revelado* por el Padre que está en los cielos.—No son las ciencias humanas las que descubren la divinidad de Jesús, al través de la carne: lo elevarán sobre todo hombre y sobre toda otra altura terrena, ó, á fuerza de escudriñar su vida, serán oprimidas de la Magestad, y los llamados sabios lo confundirán con los *mitos*, lo anotarán en el catálogo de la *fábula*, y otros, menos audaces, dirán que los Evangelios son científicamente unas leyendas hermosas, pero, al fin, *leyendas!*

Los hijos de la Revelación les abrimos paso, y vemos desfilar esa turba de insensatos sabios impíos, que atribuyen su incredulidad á la ciencia, calumniandola, y no

comprenden la palabra de Jesucristo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre y aquel á quien el Padre quisiere revelarlo.» ¡Dichosos los que podemos decir con los Apóstoles: Creo en Dios Padre ..... y en Jesucristo, su único Hijo! O con el Sacrosanto Concilio de Nicea confesar "un sólo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, y nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas. El cual por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos, y por obra del Espíritu Santo, tomó carne de la Virgen María y se hizo hombre." Pero este misterio no se alcanza sin cautivar el entendimiento por fé á la palabra del mismo Jesucrtsto que, si se complacía, por amor, en llamarse *Hijo del Hombre*, sostuvo su filiación divina, aun clavado en la cruz, triunfando de sus verdugos, que bajaron de la sangrienta montaña hiriéndose el pecho, en señal de penitencia, y diciendo: Verdaderamente *este hombre era Hijo de Dios.*

No podrían los incrédulos acusarnos de fáciles en creer, como si nuestra fé careciera de fundamentos racionales y suficientes. Cierto que nada es tan fácil como creer, pero esto es en virtud del don gratuito de Dios, que infundido en el alma, vivamente la ilumina y la hace ver las verdades del orden sobrenatural, con maravillosa, si bien no completa claridad, para que haya fé y el obsequio de la fé sea racional, como lo quiere el Apóstol. La fé no incapacita la inteligencia para la investigación y estudio de los motivos y fundamentos de las verdades dogmáticas, por el contrario, el conocimiento de ellos constituye una obligación grave, porque los cristianos debemos estar prontos á dar la razón de nuestra fé. Protestamos enérgicamente contra la calumnia con que afrentársenos quiere, de ser no creyentes, sino crédulos é ignorantes; como si desconocidas nos fueran las dificultades que nos oponen y no supiéramos responder, hasta convencerlos de ineptos, en materias que ellos no alcanzan á entender, precisamente porque no creen, cumpliéndose en ellos lo que está escrito: *Semper discentes, et ad scientiam veritatis*